

te para volver á la misma, tal vez, infructuosa busqueda. Con razon exclama con el profeta, que han venido sobre ella todo el furor y toda la indignacion del Altísimo: *super me confirmatus est furor tuus, et omnes fluctus tuos induxisti super me.*

Pero siquiera volviendo sus ojos á los hombres ¿acaso podrán estos proporcionarle algun consuelo? ¡Ah, no, mis amados! ¡Los hombres, sumergidos en las fatales redes de sus pecados, siquiera se acuerdan de su Dios perdido para ellos! ¡Yacen en un abandono espantoso de sí mismos, aumentan pecados sobre pecados, y triunfan, y se divierten, y se ocupan en bagatelas, y pierden un tiempo precioso! ¡Qué contraste forma esta nuestra conducta, con la de María nuestra Madre! Hé aquí la mayor desgracia del pecador, haber perdido á su Dios, y no hacer diligencia alguna para hallarlo; esta será la materia de la reflexion moral.

Es una verdad de fé, señores, que Dios no puede habitar en un corazon donde reside el pecado. Un Dios que nos representan los profetas con el rayo en la mano amenazando abrasar la tierra con todas sus prevaricaciones, sepultando al pecador bajo las rui-

nas de las ciudades y de los imperios, y dirigiendo y fulminando el rayo contra el mismo trono, sin respetar la púrpura y la diadema... un Dios que prohíbe á toda profana boca abrirse para proferir su nombre augusto... un Dios que abomina el sacrificio, más santo, si el sacerdote y el pueblo no son puros como la víctima... un Dios, en fin, que por eso es Dios, porque es santo, decia, señores, que no puede habitar en un alma donde reside el pecado. No queda, pues, al hombre más camino para unirse á su Dios, que la inocencia. Y ¿dónde está la inocencia en el mundo? Y ¿qué hace el mundo para conservar la inocencia y para recuperarla, cuando ha tenido la desgracia de perderla? ¡Ah!

La inocencia, hé aquí, mis amados, una ráfaga instantánea de moribunda luz... una sombra que pasa con velocidad espantosa. ¡Infeliz Adán! apenas pisan sus piés aquel lugar de delicias, se rebela contra su Dios, y arrastra en su desgracia á su mísera posteridad. Desde entonces el mundo presenta sólo una inmensa cadena de desventuras, que liga lo pasado con el porvenir, y conociendo su desgracia, no tiene otro recurso que llorarla. Desde entonces somos concebidos en la iniquidad... nacemos hijos de ira, segun expresion de la Escritura santa. Nada hay sano en nosotros... la concupiscencia y la malicia han corrompido todas nuestras potencias... nuestro espíritu es capaz de los errores más groseros... nuestra voluntad yace sujeta á vergonzosas

pasiones... nuestra imaginacion es el asiento del engaño, y nuestro corazon es combatido de violentos deseos. Inconstancia... vanidad... miseria y flaqueza por todas partes. ¡Ah! ¡miseros mortales!... Habitamos una soledad espantosa donde no se ven sino mónstruos... caminamos por un desierto donde no se pisan sino abrojos. Dificultad para obrar el bien, inclinacion que nos arrastra al mal... guerra interior... combates de la carne... proyectos, cuidados, ánsias, temores, agitacion continúa... ved aquí, mis amados, cuál es la triste vida del hombre. Y ¿en dónde está la inocencia en el mundo? Virtud celestial, hija querida del Señor, ¿dónde están tus adoradores sobre la tierra?

La inocencia, señores, se halla circunscrita á los primeros años de la niñez; apenas un jóven principia á abrir los ojos, ya la ha perdido acaso para siempre. Parece que anhela el momento de la razon para abusar de sus luces, y acaso los instantes de la gracia sean más breves aun que el estado feliz de nuestro primer padre. El mundo amontona en derredor suyo lazos y precipicios... la educacion de nuestros dias se dirige toda á una exterioridad vana, y mira con indiferencia los frecuentes y casi irremediables naufragios de la juventud. Sino decidme, ¿qué medios se adoptan por los encargados de dirigir el corazon de esa juventud, que llena de vida se agita en medio de nosotros? ¿Qué hacen los padres de familia para preservar á sus hijos del contagio general que por

todas partes nos amenaza? Los espectáculos públicos, esas escuelas de la imaginacion se multiplican, los malos libros cunden por do quiera; la seduccion ha venido á ser un rasgo de cultura; la irreligion, la sátira, la duda, el desprecio acaso de las verdades más venerandas, se llama sublime filosofia... y en medio de tantos peligros y de tanta fragilidad por nuestra parte, ¿qué hacen los padres de familia para salvar á sus hijos? ¡Ah... ellos mismos les proporcionan los medios para su perdicion! Hacedles cargo de este descuido, y os contestarán con un candor que admira; unos, que es preciso permitir algun desahogo á la juventud; otros, que debemos vivir en el mundo y con el mundo... ¡Ah! ¡precisamente á la juventud es á la que nada debe perdonarse, porque es la edad de menos reflexion, y porque los hábitos que en ella se adquieren son los de toda la vida! ¡El mundo es nuestro mayor enemigo, que nos tiende lazos para precipitarnos!... ¡Padres de familia! ¿no será bastante que los peligros hallen á vuestros hijos, quereis que ellos les salgan al encuentro? «¿Quereis arrojar aceite, dice el P. San Jerónimo, sobre el fuego del deleite?»

En estos escollos no puede menos de estrellarse nuestra natural fragilidad. Sino decidme: ¿cuántos de nosotros conservarán todavía su inocencia? ¡Ah! ¡acaso ni uno siquiera! No temo repetirlo, aunque rodeado de un inmenso auditorio, y en medio de un pueblo culto, y á no dudarlo, de los más religiosos

de la Península, ¡acaso ni uno siquiera! Todos somos pecadores, todos hemos perdido á Jesucristo, y ¿qué esfuerzos hacemos para hallarlo? Ninguno, absolutamente ninguno. A lo más, en este momento, una impresion pasajera... algun propósito que no se realizará, como no se han realizado otros.

La única evidencia para nosotros, es que todos somos pecadores, que todos hemos perdido á Jesucristo, y que no hacemos esfuerzo alguno para hallarlo, porque es necesario padecer y trabajar, porque es necesaria la penitencia, y esta sola idea nos cubre de espanto. Que vemos por todas partes un fatal olvido, un continuo desprecio de las prácticas más santas. Que apenas se sabe qué cosa es penitencia, y aun aquellos fieles que en el exterior presentan una vida devota, viven en este punto del mismo modo. Que la salud en unos, la delicadeza en otros, las ocupaciones en aquellos, y mil y mil pretextos en todos, hacen inútil la ley santa de la penitencia y, lo que es peor, se mofan y se ridiculizan aquellas almas que buscan á su Dios por entre la mortificacion y las privaciones. Y entretanto Jesucristo continúa perdido para nosotros, y el tiempo corre con velocidad, y se acercan aquellos momentos en que el mismo divino Jesus no querrá ya conocernos.

¡Señores, despertemos ya de este profundo letargo; volvamos sobre nosotros mismos... peleemos con valor y constancia... y busquemos á nuestro Dios, que hemos perdido por el pecado, por entre los rigo-

res de la penitencia!... Recordemos aquellos primeros siglos de la Iglesia, cuando, segun nos refieren Tertuliano, Minucio y Clemente Alejandrino, la vida de los primeros cristianos era una continuada privacion y severa abstinencia. Recordemos aquellos héroes del desierto, que hicieron de las oscuras cuevas palestras de su valor. Pelearon con varonil, con sobrehumano esfuerzo, contra las pasiones, las declararon perpétua guerra y las reprimieron con rigurosos ayunos. Recordemos aquellos dignísimos monjes, ermitaños y penitentes, que tan gloriosamente triunfaron del mundo, del demonio y de la carne... Un Hilarion, un Antonio Abad, un Pablo, un Pacomio, y en los tiempos más recientes un Pedro de Alcántara, una Clara de Asís, y tantos y tantas que abrazaron de veras el camino de la virtud, que la defendieron con fortaleza invencible, que buscaron á Jesucristo con todo su corazon, con todas sus fuerzas. Imitémoslos, pues, mis amados, y no nos entreguemos al ócio, mientras nuestro Dios está tan lejos de nosotros.

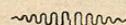
Ved ya el dolor de nuestra tierna Madre en toda su extension, y las causas que lo producen. Como Madre, siente la separacion de su amado, porque ha perdido á su querido Hijo, que era á la vez su Esposo, su Dios y su Señor. Su humildad profunda le hace temer si sus pecados habrán sido la causa, y el Señor la habrá abandonado ya en justo castigo de sus iniquidades. Su ardiente caridad le representa nues-

tra frialdad, el olvido en que vivimos de nuestro Dios, á quien hemos perdido por el pecado sin hacer esfuerzo alguno para hallarlo. Por eso levanta su corazon al cielo y exclama con el profeta: «sobre mí descargásteis todo vuestro furor, etc.» *Super me confirmatus est furor tuus, et omnes fluctus tuos induxisti super me.*

Pidámosla, mis amados, que nos infunda este santo amor, que nos haga sensibles al par que humildes, solícitos y celosos de la joya preciosa de la inocencia, y que, si por desgracia la hubiéramos perdido, nos esforcemos para recuperarla, buscando á nuestro Dios y siguiendo su ley santa en vida, para que podamos gozarle en la mansion de los bienaventurados, por los siglos de los siglos.—AMEN.

TERCER DIA.

DESPEDIDA DE JESUS DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.



*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

¿Por qué lloras, afligida Raquel? ¿Por qué haces resonar con tus gemidos los elevados montes de Efrata y de Ramá? ¿Por qué se ha convertido tu hermosura en palidez mortal? ¿Cuál es la causa de tu dolor? Es verdad que tus hijos han sido arrancados de tu mismo seno... una mano cruel no respetó siquiera el seno materno... y yacen despedazados por las calles y plazas de Belen. ¡Ah! justo es tu sentimiento, pero débil y pasajero á vista del lastimoso suceso que se presenta hoy á nuestra consideracion. Hé aquí que desde los cielos ha sido pronunciada una voz de perdicion y de anatema, y esta voz ha

: